



Los hermanos Martínez Peláez en 1929.
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

PRESENTACIÓN

Desde hace aproximadamente tres décadas, la necesidad de nuevas narrativas, amparadas en diluir cualquier relato universal, decodificar la ficción de la nación y cuestionar la relación entre saber y poder ha conducido a virajes epistemológicos, los cuales se plantean como historiografías alternativas a lo totalizante del pensamiento occidental. Esta producción intelectual se ha llevado a cabo en los marcos del significado político de experiencias poscoloniales y se enriqueció por la crisis de los regímenes autoritarios del extinto bloque socialista europeo, que ha llevado incluso a plantear que vivimos en tiempos posnacionales, donde emerge con más fuerza que nunca la diversidad cultural, pero al mismo tiempo ésta es marcada por los procesos globalizantes de nuestros días.

Como resultado interesante, dichos nuevos relatos cuestionan el positivismo y etnocentrismo que generalmente caracterizan la construcción de conocimiento en el universo académico. Entonces, parece que dos vías distintas para entender el mundo y, particularmente, el lugar de los subordinados en éste, se han delineado para establecer: 1) lo que una ciencia puede documentar y explicar objetivamente aun, si fuese el caso, en torno a un pensamiento emancipador frente a una ideología dominante; y 2) aquello que representaría distintas tendencias de dar “voz” a los oprimidos bajo fórmulas conceptuales y metodológicas que subrayen la importancia de reconocer el lugar que tienen l@s otr@s en la creación de sus propias historias en y en contra de órdenes de poderes dominantes. Al respecto, un ejemplo paradigmático lo constituyen los “Estudios

Subalternos” (*Subaltern Studies*), o las llamadas de manera reciente, tanto por tirios y troyanos, “epistemologías del Sur”.

El punto relevante es que en estas dos visiones se esquivo la cuestión de la lucha de clases y, por consecuencia, el asunto de la revolución. En la primera fórmula se aspira a un entendimiento realista de la constitución de la subordinación, mientras que en la segunda, a pensar que los subordinados son capaces de lograr un lugar en el horizonte de la narrativa liberal, que se erige como una racionalidad histórica triunfante.

Hacer tal preámbulo está relacionado con la primera sección de este número: el conjunto de ensayos sobre la obra del profesor Severo Martínez Peláez. Como el lector podrá apreciar, cada autor (Lovell, Figueroa, Gutiérrez, Tischler, Cal) presenta un punto de vista crítico que destaca algún ángulo particular desde el cual apreciar la obra del mencionado historiador. Sin embargo, hay un denominador común en ellos que subraya la dimensión ética del trabajo de Severo Martínez Peláez. Tal ética es resultado del compromiso político de un académico e intelectual perseguido por la dictadura surgida después de la caída, en 1954, del presidente Jacobo Árbenz en Guatemala. Considerar la responsabilidad moral de Severo Martínez Peláez apunta un elemento clave en la creación de narrativas o historiografías sobre las diferencias y desigualdades que prevalecen hoy en el mundo. Aspirar a crear un relato con los contenidos sugeridos por Martínez Peláez, tomaría distancias de los enfoques que reducen a los subordinados a un objeto de conocimiento y control, o bien celebran su diversidad en el concierto armónico de la aparente pluralidad democrática que deja intacta la lógica perversa del capital.

¿Qué novedad formuló Martínez Peláez al escribir *La patria del criollo* (1970) y *Motines de indios* (1976) en un contexto de levantamientos sociales, influencia del pensamiento marxista en militantes y activistas del “Tercer Mundo”, así como en el despliegue de una política desarrollista desde Estados Unidos, con el objeto de contener y disolver, no sólo por la violencia física, las muestras de descontento de poblaciones “pobres” o “subdesarrolladas” que tuvieron un carácter abierto o velado en tan distintos sitios? Posiblemente, la innovación del análisis historiográfico que hizo Martínez Peláez en esos momentos (y lo novedoso que pudiera tener

ahora) fue abordar descarnadamente la contradicción y el antagonismo en el mundo colonial a través del concepto de lucha de clases. Tal postura le acarrió en vida distintas críticas. Algunas de ellas se ciñeron a enmarcar su pensamiento en la ortodoxia de un materialismo histórico que no fue más allá de ver a los “indios” como objetos, víctimas, y no como sujetos de sus propias historias. Sin embargo, tal crítica queda rebasada si revisamos particularmente los textos de Figueroa, Gutiérrez, y Tischler, que dan cuenta, cada uno a su modo, sobre la formación de un sujeto colectivo que con la claridad de sus propias experiencias y memorias enfrentó (y enfrenta) la violencia cotidiana impuesta contra ellos.

Los años ochenta del siglo pasado no parecen tan lejanos. Vistos desde nuestros días, podrían considerarse la prolongación de un penoso siglo XX dominado por la violencia estructural, como suelen decir los sociólogos, asociada a la expansión del capital. En este contexto se perpetuó en Guatemala un genocidio por la muerte de miles de indígenas y la desaparición literal de muchos de sus pueblos y memorias. Durante ese momento, la obra de Severo alcanzó mayor relevancia. Intelectuales y fuerzas insurgentes leyeron con profundidad aquello que el meollo de sus planteamientos contenía respecto a la causa principal del “problema indígena” en Guatemala y toda Centroamérica: la tierra, tal como lo entendiera el intelectual peruano José Carlos Mariátegui en la década de los años veinte en sus ensayos sobre el colonialismo y las posibilidades de un cambio socialista desde las comunidades indígenas. Pero no sólo estas audiencias políticamente relacionadas con la militancia de izquierda y la guerrilla fueron los lectores de Martínez, también, como dicen los anglosajones, el hombre y la mujer de la calle leyeron con ahínco este trabajo. Todavía en estos días, las nuevas generaciones de jóvenes centroamericanos leen sus obras, como si su lectura se tratara de una cita con la historia de los suyos. Según colegas centroamericanos, las cifras no oficiales –que son las que valen– estiman que *La patria del criollo*, entre ediciones legales e ilegales (“piratas”, pues) tuvo un tiraje que oscila entre 30 y 60 mil ejemplares, datos que pocos académicos en el mundo (vivos o muertos), tan dados a sentimientos ególatras, podrían presumir.

En los artículos publicados, los lectores hallarán explicaciones mediadas por una reflexión crítica de las afirmaciones de este autor y, con sus reservas, reivindicarán el mensaje crudo que Severo ofrece en torno a las relaciones de dominación, en las cuales han estado envueltas las comunidades indígenas en lucha contra un orden despiadado a lo largo de la historia nacional de Guatemala y la globalización. En estos momentos, esa crudeza con la que observó Severo destapa el manto de la multiculturalidad con el cual las políticas globalizantes de mando, particularmente en Guatemala, quieren corregir la historia, olvidar lo inconveniente del pasado para los dominadores de hoy, al tiempo que celebran la diversidad indígena actual en un mundo social que no puede ocultar agudas contradicciones de clase.

Por otra parte, en el habitual apartado de la revista “Teoría crítica” publicamos el trabajo “atenas, una flor en el hielo. Crónica de una ciudad en ‘estado de rebelión’”, escrito por Katerina Nasioka. El artículo es ilustrativo del carácter de luchas que salen del canon organizativo de la vanguardia revolucionaria y del horizonte de la democracia institucional. Además, es iluminador respecto a dotar de un significado distinto al concepto de “crisis”, tan usado en estos días, relacionándolo con el antagonismo de clase.

El número se redondea con la sección “Lecturas críticas”. A través de la revisión que los colegas Giuseppe Lo Brutto, John Holloway, Raquel Gutiérrez y Octavio Moreno hacen del libro *Brasil Potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo* (2012) de Raúl Zibecchi. Aquí se logra un despliegue de ideas claras y críticas, a veces contrastantes entre sí, sobre los alcances y las problemáticas de esta obra. Cualquier lector puede apreciar que el libro referido es en sí mismo interesante. Zibechi podría ser considerado una suerte de precursor de un autor/actor que escribe sin exhibicionismos desde el flujo mismo de la rebeldía, y logra con ello una empatía con grupos subordinados. Por esa razón, es sorprendente y provocativo el análisis de quien desde un declarado activismo político a favor de los de “mero abajo”, emprende una reflexión sociopolítica de lo que representa Brasil como potencia regional. Es decir, como se diría epistemológicamente y también de manera coloquial, ahora él no empezó por el estudio de la resistencia sino invirtió la tortilla, comenzó por el

análisis de la dominación para entender las bases, digamos estructurales, que podrían perpetuar las desigualdades, por lo menos, en el Cono Sur.

Nos causa particular alegría publicar este número. En el año 2013 se cumplen 15 años de la muerte de Severo Martínez Peláez. Así, la presente edición está dedicada a la memoria de uno de los investigadores extranjeros más destacados, quien con su presencia honró la vida académica de la Universidad Autónoma de Puebla. Igualmente estamos seguros que este mismo número honra al maestro Alfonso Vélez Pliego, fundador de nuestro centro de trabajo y ex rector, cuya visión humanística hizo que intelectuales como el profesor Severo encontraran aquí un lugar reconfortante y respetuoso para pensar en las posibilidades del cambio.

El Comité de Dirección

Nota aclaratoria: Por un error involuntario, en la revista *Bajo el Volcán* número 18 se omitió el crédito a Marcela Zangaro por realizar la traducción de la comunicación sostenida entre Michael Hardt y John Holloway, la cual se ubica en la p. 121, bajo el título “*Commonwealth y Agrietar el capitalismo*”.